

on Fernández robaba haciéndose el ciego
 pedaxos, hasta el fondo del precipicio.
 El capitán y Rosa volvieron adonde es-
 taba la tropa; el teniente dijo a su jefe:
 —Todo está concluido, mi capitán.
 —¿Dónde está el prisionero, preguntó
 Rosa sobresaltada.
 —No es nada, hija mía, ha querido huir
 y se ha caído en ese precipicio.
 —¿Dios mío! ¿qué le pasó?
 —¿Lloras, Rosa?
 —Sí, padre mío; si mi hijo me muere,
 llevo a su hijo en mis entrañas.
 El capitán miró a su hija y derramó un
 lagrimeo; mas recordando su valor, dio las
 órdenes de mando, y la capitana se puso en
 marcha y desapareció en breve en un rec-
 do de la montaña.
 El capitán se quedó solo.
 —¿Qué me pasa, Rosa?
 —No, hija mía, está enfermo y no
 puede moverse; déjalo ahí, que se
 curará. —
 —¿Ves?
 El capitán y la hija se apartaron de
 allí.
 Entretanto el teniente vino por el
 Rocón, y lo cargó a la pilla de
 pedaxos. Después, con el caso de una
 marcha, se fue a la montaña, y se
 ocupó en buscar al prisionero y

El Castillo del Barón d'Artal.

CAPITULO VIGESIMO
 PUBLICADO EN MADRID EN LA
 IMPRENTA DE DON JUAN DE
 LOS RIOS, EN LA CALLE DE
 SAN JUAN DE LOS RIOS, NUM. 10.

El Castillo del Barón d'Artal



... el año del 1099 se desdobló por
las albas y plenas de la cruz el torcen-
te imperio, que veniendo sin cesar
desde el seno de la Europa, había venido
a cubrir las montañas de la ciudad santa.

... d'Artal se distinguió como el
en aquel día de gloriosa victoria, cuando
inmediato a la corte de David, donde se
van por el torcen de diez mil miliones.
... el castillo, y trasmitió de
... se detendría con el torcen de los

Grandes fueron los honores, inmarcesibles los laureles que conquistó el barón Guy-d'Artal, en los famosos sitios de Nice y Dorilea, aunque como oscuro caballero combatiese de incógnito en las brillantes filas de Godofredo.

Las albas plumas de su penacho soberbio indicaban siempre el lugar más empañado de los combates, y bravo entre los bravos, atrevido y generoso, era uno de esos tipos nobles y singulares que engalanados con los atavíos más poéticos nos ha trasmitido la romanesca historia de los siglos medios.

Era el 7 de Junio de 1099, cuando con un acento fervoroso saludó la cumbre del Gólgota aquella cruzada que convocó la audacia inaudita de Pedro el ermitaño.

CAPÍTULO ALGUNOS

No es nuestro objeto describir los terribles encuentros entre cristianos y musulmanes, en los treinta y tantos días que duró el sitio; el 23 de Julio se desbordó por las calles y plazas de Jerusalén el torrente impetuoso, que rugiendo amenazante desde el seno de la Europa, había venido á derribar las murallas de la ciudad santa.

Guy-d'Artal se distinguió como siempre en aquel día de memoria eterna, cuando inmediato á la torre de David, donde habían perecido cerca de diez mil mahometanos, perdió el caballo, y gravemente herido, se defendía aún heroicamente de los ataques desesperados de algunos sarracenos.

Reducido al último extremo, fatigado de herir su robusto brazo, hubiera sin duda alguna sucumbido, si la presencia de un caballero con la visera calada, sin divisa el escudo, ni plumas el casco, ni signo alguno de distinción, hubiera venido á su auxilio. No es más veloz el tigre del desierto, que el caballero en sus movimientos; púsose al lado de Guy-d'Artal, mezcló su sangre generosa con la de su compañero, y repeliendo á sus adversarios, le abandonó los honores del vencimiento con una caballerosidad llena de generosa delicadeza.

No limitó á esto sus atenciones el incógnito guerrero: curó las heridas del barón, lo colmó de atenciones, lo trasladó en

sus brazos á su campo, y se mostró tan cortesano y galante en sus cuidados, como había sido ardiente y temerario en la batalla.

Suplicó Guy-d'Artal dijese su nombre, excusose el caballero; pretendió con la finura más exquisita galardonarle, y rehusó el encubierto soldado, y únicamente por signo de amistad cambiaron sus aceros en memoria de un suceso que debería reunirlos con vínculos fraternales.

Después de proclamado Godofredo rey de Jerusalén, regresaron á sus respectivos países cubiertos de gloria la mayor parte de los que lo acompañaron en la reconquista del Santo Sepulcro; Raúl, que este era el nombre del valeroso libertador del barón d'Artal, permaneció entre los quinientos caballeros que quedaron á las órdenes del famoso Tancredo.

En aquel tiempo Felipe I de este nombre, guardaba una posición embarazosa, y apenas podía libertarse de los frecuentes ataques de la iglesia.

Favorecidos por su indolencia en el mando, entre los vasallos había estallado una horrorosa anarquía, algunos se revelaron contra su rey, otros manifestaron hostilmente sus deseos de independerse, y los otros entre sí decidían á mano armada sus querellas con sus vecinos.

De todos los puntos de la antigua Ga-

lia, el reino de Francia, en aquel tiempo, sin duda alguna era el peor gobernado.

Aun no había reposado el caballero d'Artal de sus fatigas en Palestina, cuando renovó una antigua querrela con un vecino suyo, Rodolfo de Beauviers; asaltó su castillo, hizo prisioneros á sus habitantes y condujo con violencia despótica á sus Estados al propio Rodolfo y á sus dos hijas, Leonor y Gabriela de Beauviers.

Inútiles fueron las quejas por la perpetración de tal escándalo: en Francia todo enmudecía.

Las violencias de Guy-d'Artal no hubieran conocido límite, si la profunda impresión que le produjo la belleza extraordinaria de Leonor, no hubieran dado rumbo diverso á sus pensamientos, elevando á la noble prisionera al rango de señora de su corazón.

Los desdenes de Leonor irritaron más y más la pasión y el orgullo del opulento barón: en vano su padre encanecido le hacía palpar las ventajas del enlace, la salvación de sus intereses, el nuevo lustre que adquiriría su nombre, y lo risueño que entonces aparecería á sus ojos el porvenir.

Leonor, respetuosa sí, pero firmemente resuelta, mostraba á su padre la violencia de tal matrimonio; pero concertada entre ambos señores la boda, se consultaba la voluntad de Leonor más bien para cubrir las

apariencias, que como requisito indispensable para que tuviese verificativo el contrato nupcial.

Ya los halagos de una futura grandeza con su séquito de ilusiones deslumbradoras, ya las amenazas de la indignación paterna, se empleaban diestramente para seducir á la joven, que con el fanatismo sublime de una pasión desdichada ofrecía á su cristiano ausente, la persecución y los sacrificios que padecía por su amor.

Exasperado por fin el sufrimiento del barón, pone un término perentorio al señor de Beauviers para la celebración de la boda, con aire tan decidido y amenazante, que la menor demora hubiera sido el presagio de un rompimiento implacable, trayendo consigo fatales consecuencias.

El padre de Leonor, que conocía los amores de ésta con un joven que había partido como aventurero á Palestina á ganar prez y conquistar lauros para su señora, reconoció el origen de resistencia tan obstinada, y resolvió á toda costa remover este obstáculo que obstruía la realización de sus proyectos de ventura.

Cuando el caballero d'Artal le hizo relación de sus hazañas en la Tierra Santa, no omitió la pintura del trance que pasó en la torre de David, contándole con aire de misterio la intervención del apuesto caballero á quien debía la existencia, y mostrándole

la espada que conservaba en memoria de su valiente libertador.

El caballero de Beauviers reconoció por su mal aquel acero, se mostró indiferente á las alabanzas apasionadas con que encarecía su arrojo el barón, y desvió la plática de un asunto en que temía que su viva conmoción le traicionase.

Como hemos dicho, deseaba el padre alejar del corazón de ésta toda esperanza, y urdió una trama con el mayor sigilo, para que se persuadiese que Raúl había muerto combatiendo á los sarracenos.

No le fué difícil complicar en su intriga á uno de los muchos peregrinos que errantes por la Europa, ganaban su vida contando sus hazañas, y revistiendo de maravillosas relaciones los sucesos más insignificantes de la Cruzada.

Para darle más aspecto de verdad á su farsa, se apoderó ocultamente de la espada de Raúl, preparó un momento oportuno, y con el carácter más romancesco hizo á Leonor se persuadiese de la muerte de Raúl, que palpase su espada, que uniese sus lágrimas á las del hipócrita mensajero que se decía hermano y compañero del ídolo de su alma.

Después de esta revelación extraordinaria del peregrino, Leonor se entregó á la más profunda melancolía; la muerte misma de su adorado Raúl, santificó en su alma

virginal un sentimiento que purificaba su corazón, que la concentraba en su pasión, que la hacía amar su dolor y su llanto, porque reconocía por origen al que era alma de su memoria y objeto del culto de su corazón.

Las pardas almenas del castillo en que vivía, sus elevadas torres, sus garitas y sus ferradas ventanas, exaltaban su imaginación: su libertad se la daría la muerte.

Como hiere el granizo los pétalos delicados de una flor naciente, herían y marchitaban su espíritu estos pensamientos, y cuando paseaba sobre la extensa muralla del parque del castillo, y veía más allá del manso río que le servía de foso, los valles y los montes, las risueñas praderas y el horizonte inmenso detrás del cual había encontrado su tumba su amante, gemía desolada, como el ave presa en la red en medio de los campos. ¡Pobre Leonor!

En tanto, trascurrían los días; los agasajos del barón eran su martirio; los aprestos suntuosos de su boda, los veía como contempla un reo los instrumentos crueles de un atroz suplicio.

Su padre se había conjurado en su contra; su hermana era su sola confidente; pero su verdadero solaz lo hallaba en el templo del castillo, donde á los piés de la Virgen María derramaba su llanto y sus preces, á la luz de una lámpara solitaria, al vis-

lumbre opaco de la luna, que penetraba pálido por las altas ventanas de la capilla que daba al río.

Una noche, que con más fervor elevaba su plegaria á la Reina de los Angeles, con su rostro cándido inclinado, con sus mejillas empapadas en lágrimas, se levantó de repente sobresaltada, fijó su atención, y sólo escuchó el murmurio apacible del tranquilo río, y el manso ruido de los árboles que mecía el viento en el parque vecino.

Sin duda su imaginación había creído escuchar el suspiro quejoso de un laúd que conocía, de un laúd intérprete en otro tiempo de sus delirios de amor, de sus sueños de oro, de ilusión; del laúd de su trovador.

Era una melodía que se había desprendido y llegado á su corazón, empapada en el aroma de las flores, fresca con la brisa que rizaba las ondas del río, radiante con el vivo fulgor de la luna argentada.

¡Ay! no era ilusión, era la realidad sublime de un contento; era la resurrección en su alma de la juventud, del amor, de la felicidad suprema: la noche siguiente á la misma hora, escuchó distintamente el contento sonoro del laúd, y la voz de su Raúl, que así se querellaba con ternura:

TROVA.

Conquisté en Salem divina
Timbres de eterna memoria,
Alivié mi sed de gloria
Con las aguas del Cedrón.

¿Por qué combates, guerrero?
Me preguntaba la fama;
Yo respondí: por mi dama
Y el sepulcro de mi Dios.

¡Gloria, gloria! enternecido
Miré fulgurar tu lumbre,
Sobre la sagrada cumbre
De la montaña de Sión.

La muerte sobre mi casco
Sus negras alas tendía,
Y yo ardiente combatía,
Que era tu amante, Leonor.

Entre los viles despojos
Del altivo mahometano,
Miré flotar del cristiano
El triunfante pabellón.

Yo decía al ver los lauros
De mis compañeros fieles:
Yo depondré los laureles
A los piés de mi Leonor.

Mas voluble cual la arena
Al simoun de Palestina,
Tú fuiste, Leonor divina,
Y tu ingrato corazón.

Es irrisión mi renombre,
Es un sarcasmo mi gloria,
Tú no guardas ni memoria
De tu tierno trovador.

Yo he proclamado tu nombre
En el campo, en el desierto,
En la orilla del mar Muerto,
Donde expiró el Redentor.

Volví; mis sueños de gloria
Desbarató la falsía;
Palpa al menos la agonía
De tu amante trovador.

A la vista amenazante
Del terrible sarraceno,
Mi corcel tascaba el freno
Relinchando con valor.

¡Corcel, alerta, al combate;
Vuela, levanta la frente,
Quiero mostrarme valiente,
Soy amante de Leonor!

Y entretanto, tú, perjura,
Vendida á tirano dueño,
Sonreías en tu sueño
Con tu pérfida pasión.

Ve, te esperan los altares,
En ellos nuevo dominio;
Tu sí, será el exterminio
De tu amante trovador.

La vibración dolorosa de esta última expresión de angustia, expiró entre los sollozos del trovador, como los clamores de

la embarcación que naufraga entre las olas del mar irritado.

La conmoción que sufría Leonor no es para escrita: podría formar una ligera idea de ella quien la hubiera visto levantándose maquinalmente sobre las gradas del altar, la expresión atónita, el pelo caído sobre su espalda, y sucediéndose en su fisonomía los afectos del asombro, de regocijo y de ternura que combatían su alma.

Con las manos tendidas hacia adelante, los ojos desencajados en actitud de escuchar; los labios entreabiertos como para responder; así escuchó la trova, así la oyó morir entre los congojosos sollozos de Raúl: no pudo contenerse; trémula, arrebatada, fuera de sí, quitó algunas flores del altar, las arrojó después de haberlas cubierto de besos, por una de las ventanías, y cayeron aún tibias por su aliento, sobre la lira del trovador, cuyas cuerdas se estremecieron ligeramente, advirtiéndolo de su felicidad al enamorado cantor.

Este fué el momento de unas explicaciones y una correspondencia, que cobraba de día en día nuevos atractivos con los peligros y con la proximidad misma de la boda.

Raúl, por su parte, estaba en imposibilidad absoluta de descubrirse, porque perteneciendo á los señores rebeldes del castillo de Monthleri, su familia entera era objeto

de la implacable persecución de "Luis el Grueso," que acababa de compartir con su padre el mando del Estado, y dando rienda á su carácter belicoso, reprimía con severidad extraordinaria las revueltas que levantaban en contra del reino algunos audaces vasallos.

Por fin, aplazóse el día de la boda, previnóse con pompa regia, y la animación del castillo anticipaba la solemnidad del festín.

Leonor estaba en una posición verdaderamente crítica; por una parte temía que su resistencia despertase sospechas sobre el paradero de su amante, y entregarlo á manos de sus verdugos; por la otra no quedaba pretexto para una nueva demora; y por último, jamás había sentido con mayor vehemencia su pasión á Raúl.

Este, por su parte, fingiendo una resignación de que distaba mucho, pidió á Leonor una última entrevista, el día de su boda, en que toda sospecha debería estar lejana, y que la religión ponía entre ambos una barrera eterna.

Vió la luz de un hermoso día el castillo del barón d'Artal en medio de esos regocijos cortesianos y militares, galanes y austeros, con que se celebraban las bodas de los caballeros en aquellos tiempos.

En la noche debían celebrarse las nupcias en la capilla, que estaba soberbiamente engalanada.

Llegó el momento de la última entrevista.

En el salón del castillo se escuchaban los gritos de regocijo y las músicas festivas; en la plaza de armas, iluminada suntuosamente, veíanse los soldados y la servidumbre bebiendo en medio del gusto y la algazara.

El barón complaciente, acordó gracias, derramó con profusión el oro, y llevaba á todas partes el gozo y la satisfacción.

Leonor conferenciaba con su hermana sobre la entrevista.

Fuera de la muralla del castillo, del lado del parque, se veía en un dócil corcel de crin guedejuda, cabeza descarnada, cuello ancho y ojos vivos y audaces, á un mancebo que esperaba con impaciencia, y fijaba la atención más allá del muro, impaciente de que no lo dejase escuchar con claridad la corriente del río, que chocando con los pies de su caballo, redoblaba el ruido.

La luna brillaba llena, algunas nubes volaban dispersas entre las estrellas rutilantes: sobre las almenas del castillo se percibía una franja de luz vivísima de su iluminación, que se perdía á poca distancia en el espacio bañado de una apacible claridad.

Por fin, el crujir de los vestidos de seda, se escuchó en el muro.

Fué una conversación de recuerdos, de

reconvenciones, de juramentos sin encadenamiento, sin orden; pero tan apasionada, tan enérgica, tan llena de tenura intensa, de esa elocuencia íntima que el corazón comprende y no pueden revelar los labios. Mil veces sobresaltada Gabriela por algún ruido, la interrumpía, y otras tantas recobraba su calor, su vehemencia, idealidad angélica, su fuego inagotable.

La ausencia de la novia parecía dilatada en el castillo, los convidados reclamaron su presencia, el padre y el esposo fueron á su aposento á llamarla al altar, espieron por la cerradura, y no hallándola, fueron, sin decir la causa, á los lugares más apartados del castillo: repentinamente suspéndese el regocijo, crece la inquietud, y todos se agolpan al parque en seguimiento del barón.

El ruido, la luz de las hachas, y la vista de la muchedumbre sorprende á Gabriela.

Raúl esperaba ese instante; como si fuese un ave, con la delicadeza que se toma un niño tamiéndolo despertar, trasladó á su caballo á Leonor, que muda de rubor, apenas pudo extender su mano á su hermana, y atravesando el río, partió con la velocidad del viento en el corcel inteligente y atrevido.

Pero esta operación no pudo ser tan rápida que dejasen de notarla los que venían en su persecución, y el barón, trémulo por

la afrenta que se le infería, pidió su caballo de batalla, requirió su acero, y seguido de algunos caballeros, fué en pos del insolente raptor.

La claridad de la noche, lo extenso y despejado del valle que circundaba el castillo, y la distraída atención del caballero por la preciosa carga que conducía, entorpecieron su marcha, de manera que á poco les dió alcance el barón.

El caballero saltó rápido de su corcel, que quedó inmóvil y manso como un cordero, guardando el delicado depósito, y afrontó la numerosa comitiva.

El barón contuvo á los que lo seguían, avanzó él solo, descendió de su caballo, y comenzó una lucha mortal.

El barón era robustísimo: pocos podrían competir con Raúl en destreza; sólo se oía la respiración entrecortada de los combatientes, y el choque de los aceros que se enlazaban como serpientes, vibraban á la claridad de la luna, y describían en el aire figuras rapidísimas.

El combate se prolongaba, el barón hizo un último esfuerzo, creyéndose aprovechar de un instante de distracción de su adversario: los espectadores lanzaron un grito de espanto; las dos puntas de las espadas brillaron en lo alto, los dos puños estaban unidos, los gavilanes trabados y los combatientes devorándose con sus miradas de fuego.

En aquellos instantes, una nube lóbrega que envolvía á la luna se desprendió, dejándola brillar, y la luz reflejó sobre el puño de los aceros.

El barón se retiró sorprendido; había reconocido su acero dado á su libertador.

Raúl no sabía á qué atribuir la suspensión súbita del combate.

El barón limpió el sudor que bañaba su frente, y después de un instante de vacilación, exclamó:

—Conducidlos al castillo.

La multitud se arrojó á los prófugos, y Raúl fué conducido al lugar del interrumpido festín.

El barón mandó á la música que continuase, ordenó que los preparativos de la boda siguiesen, y se dirigió con todos á la capilla.

Cuando el sacerdote llamó á los novios al altar, el barón, con un aire de majestad y dulzura extraordinaria, tomó á Raúl de la mano y le dijo:

—Tomadla, es vuestra esposa.

Los circunstantes guardaron silencio; Leonor besa como insensata la frente de Raúl.

—Yo tenía con vos una deuda: sois valiente, sois leal, y habéis combatido como guerrador diestro; y que á quien me dió la vida, le usurpara yo la dama, fuera villanía; y el barón d'Artal es noble.

Entonces refirió las acciones de Raúl, prometió su influjo para alejar de él el enojo del rey, y dió por terminadas sus hostilidades con el barón de Beauviers: las lágrimas de gratitud de los esposos contestaron al generoso barón.

Durante la ceremonia permaneció tranquilo; algunos dicen, que al pronunciar los novios el solemne "sí," su vista se oscureció por un momento; pero esa lágrima nadie la vió correr por sus mejillas.

